

LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES

98

LETRAS LIBRES
SEPTIEMBRE 2011

HISTORIA

JAN DE VOS EN EL UMBRAL DE SU ÚLTIMA VIDA

de JUAN PEDRO VIQUEIRA

Basta con ver la magnífica entrevista que José Luis Escalona le hizo a Jan de Vos en el verano de 2007 —y que se encuentra colgada en YouTube— para darse cuenta de que el gran historiador belga tuvo varias vidas muy distintas en unas de otras antes de convertirse en el connotado investigador que muchos conocimos. Su niñez transcurrió en Bélgica en el seno de una familia muy católica de lengua flamenca en tiempos de la ocupación nazi. Incluso unos oficiales alemanes se instalaron en el segundo piso de la casa de sus padres, aunque su corta edad le impedía comprender la magnitud del horror que vivía su país en ese momento. Su adolescencia durante la posguerra tuvo que ser muy distinta, pero curiosamente esta era una etapa a la que Jan no solía hacer referencia. Durante sus estudios universitarios de derecho e historia descubrió su vocación religiosa y siguió los estudios necesarios para ingresar a la Compañía de Jesús, sin por ello abandonar la carrera de historia. Luego fue profesor de historia en colegios

jesuitas destinados a la formación de las futuras élites políticas y económicas de Bélgica. Aunque Jan calificaba de gris y monótona esa etapa de su vida y nunca dio pista alguna sobre los enfoques historiográficos en los que se inspiraba para impartir sus cursos —cuando se le preguntaba por los autores que lo habían inspirado, siempre citaba a académicos e intelectuales mexicanos: Luis González y Daniel Cosío Villegas, en primer lugar—, es de suponerse que ese tono didáctico tan peculiar que desarrolló en sus libros tiene su origen en aquellos años. Aburrido de esas tareas rutinarias, en 1972 logró que lo enviaran un año como misionero a Colombia, primero a la ciudad de Medellín, y luego al Chocó, lugar de encuentro del Atlántico con la selva tropical y de hombres y mujeres de colores muy diversos. Fue el principio de otra vida, que iría acompañada de su inmersión total en una nueva lengua, el español, en la que va a escribir toda su obra. Fascinado y estimulado por esa experiencia tan novedosa, Jan se hizo invitar a Chiapas por la misión jesuita de Bachajón para así no tener que regresar a Bélgica.

Sin embargo, al cabo de unos pocos años, sus superiores en Chiapas, con muy buen tino, se dieron cuenta de que Jan de Vos podía

aportar mucho más a las tareas pastorales reconstruyendo la historia de los indígenas que trabajando como misionero. Fue así que, como resultado de esa encomienda, dio principio su carrera de historiador de Chiapas.

Conocí a Jan en 1986, cuando se encontraba en el umbral de su última vida, la de historiador profesional. Su carrera de investigador ya era muy sólida y digna de admiración. Trabajando para el Centro de Investigaciones Ecológicas del Sureste (el actual Colegio de la Frontera Sur), había recorrido archivos y bibliotecas, principalmente en España, Guatemala y Estados Unidos, en busca de documentos históricos sobre Chiapas, cuyos microfilmes distribuyó entre varias instituciones académicas para que otros investigadores pudieran aprovecharlos también. Durante esas pesquisas había delimitado los principales temas de investigación histórica que habrían de ocuparle el resto de sus años —la Selva Lacandona, la conquista española y las rebeliones indias. Había publicado los que a mi juicio son sus dos mejores obras —*La paz de Dios y del rey*, y el pequeño y bello libro al que le tenía un particular afecto, *Fray Pedro Lorenzo de la Nada*— y estaba terminando *Oro verde*, libro que lo lanzaría a la fama.

Cuando mi mujer y yo llegamos a vivir y trabajar a San Cristóbal de Las Casas, todos nos decían que teníamos que leer *La paz de Dios y del rey*. Tenían razón. Devoramos en un par de días el libro, arrancándonoslo de las manos el uno al otro. La lograda mezcla de un tema fascinante —la tenaz resistencia de los lacandones históricos ante los repetidos intentos de los españoles por conquistar su territorio selvático—, la amplitud de la documentación histórica que el autor había recogido y analizado, y el estilo de exposición tan propio de Jan, que le permitía hilar la narración de los hechos con el análisis crítico de los documentos que daban cuenta de estos sin que el interés menguara en momento alguno, convertirían

con el paso de los años *La paz de Dios y del rey* en un clásico de la historiografía mexicana.

En cuanto tuvimos la oportunidad, invitamos a Jan a comer a nuestra casa, y esa visita se repitió varias veces gracias al éxito que tuvieron las papas fritas que preparó mi mujer a la usanza belga—doble fritura. Así descubrimos poco a poco que, a pesar de su semblante tranquilo y bromista, Jan atravesaba un momento muy difícil de su vida. Sus diferencias con la pastoral impulsada por la diócesis habían crecido, y Jan se hallaba resentido por el poco apoyo que le había brindado cuando el gobierno del estado de Chiapas había lanzado una orden de aprehensión en su contra, no porque Jan se distinguiera por su activismo político o su radicalismo, sino porque siendo extranjero era más vulnerable y su expulsión pretendía enviar una clara señal de advertencia a los promotores de la teología de la liberación. En esa ocasión fueron las gestiones de Eraclio Zepeda las que le permitieron regresar a Chiapas sano y salvo. Pero a partir de ese momento empezó a considerar seriamente abandonar la Compañía de Jesús.

Para colmo, la investigación sobre la Selva Lacandona entre 1822 y 1949 había empezado como un trabajo conjunto, pero las diferencias entre Jan y su colaborador terminaron por estallar y al final cada quien escribió y publicó su propia versión de esa historia. Siempre sospeché que la abrumadora cantidad de información que Jan expone en *Oro verde* era una manera de probar que quien había llevado la batuta de la investigación y quien había encontrado y revisado la mayor parte de la documentación histórica había sido él. El hecho es que Jan perdió a un amigo y colaborador, y nunca más estuvo interesado en volver a participar en una investigación colectiva. Para él, el trabajo de historiador era una tarea que se llevaba a cabo de manera individual y solitaria.

A pesar de la importancia de su obra publicada y por publicar, Jan

no lograba encontrar acomodo en alguna institución académica. El CIES estaba desmantelando su pequeña área de estudios sociales, y Jan se había visto obligado a renunciar a su puesto de investigador para cumplir con uno de los requisitos que la Compañía de Jesús impone a quienes desean separarse de ella: hacer un retiro de silencio durante un mes. Enrique Florescano le había conseguido un contrato por honorarios en el INAH, pero el sindicato se opuso ferozmente a que se le otorgara una plaza. Para Jan, que como miembro de la Compañía de Jesús nunca había tenido que preocuparse por su subsistencia económica, la situación se volvió angustiante.

Jan de Vos logró salir de ese difícil trance gracias al cariño que encontró en Emma Cosío, y a que Leonel Durán y Andrés Fábregas le consiguieron una plaza de investigador en el CIESAS-Sureste. Sin embargo, la herida de esos años tardó mucho en cicatrizar por completo. En la entrevista mencionada de 2007, todavía regresa a ese momento y dice que no se atrevería a recomendar a alguien darle un giro radical a su vida a los cincuenta años de edad como él lo había hecho.

Pienso que la incertidumbre de esos años cruciales de 1986-1987 lo llevó a buscar con ahínco los reconocimientos académicos que tanto se merecía. No le fue fácil adaptarse a la vida seglar y al feroz igualitarismo de la academia, acostumbrado como estaba al trato especial que recibía por parte de sus alumnos en Bélgica y luego de sus feligreses. De ahí esa mezcla tan curiosa de una cierta soberbia—que casaba muy bien con su porte de galán bien parecido—con una inocencia casi infantil que lo hacía víctima de bromas de los colegas, pero que al mismo tiempo le fue ganando el cariño de casi todos, dado que a la gente se le quiere, no a pesar de sus defectos, sino también por sus defectos.

Lo más meritorio es que sus éxitos académicos no le fueron encastrando en su pedestal, sino que se fue



Foto: Christian Cosmeche / Imágenes.com

+Jan de Vos (1936-2011).

convirtiéndose en una mejor persona, atenta y preocupada por los otros. Más allá del bien y del mal académico, empezó a llegar a los coloquios con su guitarra para alegrar su exposición con canciones de su tierra o latinoamericanas. Sin dejar de ser un admirado historiador, se fue convirtiendo también para muchos en un gran amigo, con el que siempre era un placer conversar en torno a una copa de vino o una taza de café.

Unos meses antes de su fallecimiento—cuando todavía se le veía saludable y animado—se le hizo un homenaje muy emotivo en San Cristóbal de Las Casas, su ciudad de adopción, para festejar sus 75 años de vida y sus treinta de publicar. La sala en que se llevó a cabo, una de las más grandes de la ciudad, estaba atiborrada de gente; muchas personas estaban de pie, incluso al exterior de la sala. El público no podía ser más variado: investigadores, estudiantes, *oenégeros* y sancristobalenses de muy diversa condición. Jan irradiaba felicidad. Estoy convencido de que en ese momento dejó atrás el dejo de tristeza que manifestó en la entrevista de 2007 cuando se refirió “al fracaso de su vida como jesuita” y en su fuero interno confirmó que sus esfuerzos por rescatar y divulgar la historia de Chiapas no habían sido en vano. De lo que no me cabe ninguna duda es

de que los que estábamos ahí reunidos estábamos sumamente agradecidos de que a los cincuenta años se hubiera atrevido a cruzar aquel umbral para convertirse en el historiador profesional que tanto admirábamos. A pesar de la carga que suponían sus vidas anteriores y de la ardua tarea que enfrentaba cada día para seguir escribiendo, con admirable disciplina, historias a la altura de las exigencias que se había planteado, hay que imaginarse a Jan de Vos feliz. Así es cómo queremos recordarlo. —

DEBATE

BREÑA, RECHAZADO Y RIJOSO

ENRIQUE KRAUZE

No es común, ni debe ser agradable, que a todo un profesor investigador doctorado en ciencia política por la Universidad Complutense su propia casa le rechace una colaboración. Esto fue lo que penosamente le ocurrió al profesor Roberto Breña. Al no poder publicar su reseña original sobre mi libro *De héroes y mitos* en El Colegio de México, la envié a *Nexos*, en cuya edición digital ha evadido responder a mis críticas sobre la endogamia académica.

Estas críticas puntuales, por cierto, no son distintas de las que formulé hace un par de años, en una conferencia a la que fui invitado por alumnos del Doctorado de Historia del propio Colegio de México. En la sesión de preguntas, Breña (que estaba presente) no las refutó, y a la salida me dijo —mientras caminábamos y en tono cordial— que mis ideas sobre los excesos de la teoría en la historia le parecían discutibles pero que, en términos generales, estaba de acuerdo conmigo. A esa conferencia acudió también el presidente de la institución, Javier Garcíadiego, cuyo comentario de viva voz fue “te quedaste corto”. Para ambos era obvio que eran críticas de buena fe, hechas por un exalumno fiel a esa institución y legítimamente preocupado por algunos rumbos de la práctica académica.

Pasó el tiempo y Breña —incapaz de distinguir entre un ensayo histórico y un trabajo de divulgación, absorbido en sí mismo y en su mala prosa, confundido entre la doxa y la verdad— montó en cólera. En su última entrega se retira de la batalla que su conocida rijosidad inventó. Lo entiendo. Con la mitad de la energía que ha puesto en su “guerra de dos mundos”, el profesor habría publicado al menos un opúsculo que alimentara su raquítica bibliografía y mitigara la soledad del único libro que, a punto de cumplir sus no muy tiernos cincuenta años, ha escrito en su vida. —

CHILE

PREGUNTAS EN LA ALAMEDA

RAFAEL GUMUCIO

Hace nueve meses el mundo entero miraba extasiado cómo el muy ejecutivo y energético presidente Sebastián Piñera rescataba a 33 mineros hundidos en el centro mismo de la tierra. Metáfora perfecta de una transición política que empezó hundida en las catacumbas mismas del miedo para, con una mezcla de ingenio y paciencia, salir a la luz y sorprender al mundo. Un mundo que quedaría más sorprendido aún al saber que el presidente que lideró la gesta de la mina San José yace hoy hundido en una desaprobación histórica —solo un 33 por ciento de los chilenos, para más simbolismo, aprueba su gestión. Un descrédito que comparte con la oposición que baja en las encuestas al mismo ritmo que el gobierno.

Nueve meses después del rescate histórico los mineros, algunos de ellos tanto o más pobres que cuando se hundieron al fondo de la tierra, se querellan contra el Estado chileno del que fueron el más victorioso símbolo. Esta es solo una de las paradojas de un país que parece haber descubierto después del también histórico terremoto y maremoto de febrero del año pasado más de una falla geológica, algunas superficia-



Photo: AFP/AGF/AGF
+Thriller: carnaval de protestas.

les, otras profundas, formando entre todas un enjambre sísmico difícil de predecir que tiene a toda la élite, intelectual, empresarial y política —a menudo a cargo de las mismas personas— en estado de alerta y shock.

Chile ha vuelto a ser lo que más le gusta ser, una excepción: un país que crece al seis por ciento en medio de un mundo en recesión, que tiene una democracia estable y en que mejoran casi todos los índices macroeconómicos, donde de pronto amanecen 150 mil personas marchando en la Alameda. Entre ellas yo, que, como muchos ahí, no salía a protestar desde fines de los ochenta, cuando la dictadura unía a todos los que la sufríamos y la calle se llenaba de banderas de partidos proscritos, e himnos de la Unidad Popular, canciones épicas y miedo inmemoriales que contrastan con el ambiente de fiesta descuidada, de simple improvisación que domina esta manifestación convocada por Twitter y Facebook, y luego retransmitida al mundo por esos mismos medios que tienen en Chile más adictos que en cualquier otro lugar de Latinoamérica.

Atravesio apurado, como si temiera esa multitud inabarcable de reivindicaciones contradictorias: matrimonios gays, Patagonia sin represa, ciclismo furioso, defensa de los derechos de los animales, pocas o ninguna bandera de partidos tradicionales, pocos o ninguno de sus dirigentes, abucheados sin piedad cada vez que intentaron integrarse a alguna columna de manifestan-

tes. Consciente de que mi edad y mi historia me hacen sospechoso, me adelanto a la columna principal, tan rápido que paso de largo la marcha. Camino entre los perros vagos que los manifestantes desplazaron de su territorio. Como esa manada infinita, me cuesta a mí también comprender ese río de caras que nunca he visto antes, ese flujo sin fin de diabladas, batucadas, murgas, tamborines, saxofones, silbatos, carros lanza agua de cartón, monjas y curas amarrados a la misma cadena protestando contra la educación religiosa, y otra columna de profesores agriados, y otra más de caballeros medievales con su armadura y espadas, otra legión sacada directamente de Dragon Ball Z al lado de un actor que firma autógrafos vestido de Salvador Allende. Y travestis y transgéneros por montones y pañuelos palestinos con sus piedras y bombas molotov que se preparan para su propia Intifada cuando se acaba el acto y empieza otra fiesta, la de los saqueos, los vidrios y las cabezas rotas, las lacrimógenas a raudales, los caballos de los carabineros que caen a veces desangrándose al suelo en una imagen que no hubiese dejado indiferente a Paolo Uccello.

Es difícil, incluso para el observador más atento, captar la amplitud y la novedad de un movimiento que cambia permanentemente de actores, de petitorios, de demandas. Unas protestas que parecen más un carnaval que una revolución. Tomas de colegios, de universidades o de oficinas ministeriales transmitidas en directo por twitcam, competencia de baile Axe en plena calle, concurso de imitación de Lady Gaga y desnudos al aire libre y tres mil besos apasionados delante de la catedral. En Valparaíso un grupo de estudiantes quiere lograr que más 1,800 personas donen su sangre el mismo día. En Santiago un colectivo de estudiantes de artes dan vuelta sin parar alrededor de la Moneda hasta completar 1,800 horas, símbolo de los 1,800 millones de dólares que se necesita según ellos inyectar a la educación

superior. Delante de esa misma Moneda un millar de estudiantes de diversas carreras bailan “Thriller” de Michael Jackson, vestidos de zombis porque “moriremos pagando” las deudas por millones de pesos que los esperan al terminar sus estudios. Unos estudios que, de un modo inédito para el resto del mundo, son financiados en un ochenta por ciento por las familias de los estudiantes y en un veinte por ciento por el Estado. Estudios en universidades que son, según el economista Patricio Meller, proporcionalmente al PIB las más caras del mundo. Más cara aún para los más pobres, peor preparados para las pruebas de selección universitarias, que tienen que estudiar en universidades privadas no acreditadas o mal acreditadas, que gastan la mitad de su presupuesto en contratar modelos para los avisos publicitarios, y laptop y auto cero kilómetros para el que se matricula primero.

Muchos países del Tercer Mundo pueden también hacer gala de una serie de récords mundiales oprobiosos. Lo que hace interesante esta manifestación es el hecho mismo de que Chile no es un país más del Tercer Mundo, sino uno que se ufana de estar a punto de abandonar ese club. Lo que hace apasionante el tono pero también el contenido de estas protestas es que no nacen del fracaso de un sistema sino de su éxito. Los jóvenes que ahí se manifiestan no lo hacen porque no tengan oportunidades. Muchos de ellos son parte de la primera generación de su familia que estudia en la universidad. O son más bien la segunda: porque sus hermanos mayores aceptaron sin chistar las reglas del juego hasta que los dejaron sin trabajo pero con título, o sin título siquiera, estancados en carreras que cierran en cualquier momento por falta de campo laboral.

Como Cuba, a Chile, esa isla misteriosamente pegada al resto del continente por desiertos y montañas infranqueables, le ha tocado ser un laboratorio ideológico. En los setenta quiso instalar el socialismo por la vía electoral, respetando la forma de la

democracia liberal pero cambiando su sentido. En los ochenta liberó a culatazos limpios los mercados, probando en el terreno siempre delicado de la salud, la previsión o la educación, las teorías más extremas de Milton Friedman y sus amigos de la Universidad de Chicago. En los noventa y la primera década de los dos mil, ensayó una cierta fusión entre ambos intentos: una economía abierta y libre con ciertas reformas sociales que aumenta la protección social. Un cambio del que fuimos todos los chilenos beneficiarios y víctimas, aunque no del mismo modo, no al mismo tiempo. El presidente Piñera vio quebrarse el mundo austero, católico y afrancesado de su infancia para convertirse en un hombre inmensamente rico y norteamericanizado hasta la médula, perdiendo en el intercambio el contacto con la ciudadanía a la que trata de agradar ciegamente sin lograrlo. El exministro de educación y varias veces candidato a la presidencia Joaquín Lavín, Opus Dei de misa diaria y de genuinas preocupaciones sociales, se ve de pronto en la incomodidad de no poder confesar cuántos millones de dólares ha ganado en la universidad supuestamente sin fines de lucro que creó con unos amigos. Todo esto mientras los chilenos, que pagan la mitad o más de sus ingresos en los estudios universitarios de sus hijos, ven ante sus ojos cómo La Polar, una de las más populares multitiendas del país, confiesa que lleva años repactando las deudas de sus clientes sin avisarles, maquiando al mismo tiempo su propia contabilidad para conseguir año con año ser considerada la empresa líder del mercado.

Es la asimetría de ese crecimiento, la diferencia abismal que separa a chilenos que hablan, se visten y hasta piensan igual, lo que nos hace marchar, como un ejército que sitia su propia ciudad. Maduros a la fuerza, acostumbrados a considerar como realista solo una versión de la realidad, las protestas son también contra un cierto monopolio de la razón o de la moral que muestra sus costuras

y fallas: curas que abusan de menores, empresarios que esclavizan paraguayos, el ministro de Hacienda que echa a su empleada doméstica al enterarse de que está embarazada. ¿Eso explica la alegría con que veo a gente que normalmente considero sensata e inteligente sufriendo al ver cómo se le escapa el país, y sus hijos se manifiestan contra el lucro, no solo en la educación sino en general? ¿No siento un cierto placer al volver a ser irresponsable pero moralmente exigente y preguntarme si vale la pena seguir creciendo si el crecimiento en nada termina con el sistema de casta que encierra a cada cual en su gueto? ¿No tenemos todos, los que se manifiestan y los que no, que esta es la última oportunidad de hacer preguntas incómodas, antes de que el rodaje de la máquina ande solo, antes de que nos retiremos felices a nuestro rincón cada vez mejor vigilado contra la irrupción de los extraños?

Esos extraños, esa nueva clase media endeudada pero también “empoderada”, como se dice en Chile, que puede despertar en cualquier momento, que está despertando quizás en estas marchas donde, a falta de voz propia, de rostro legitimado por la élite, les toca ser números: cuarenta mil en las protestas contra las HidroAysén, las hidroeléctricas que intentan instalar en el sur, cincuenta mil en la protesta por el matrimonio gay, ciento cincuenta mil en la protesta de los estudiantes. Una multitud que es la única forma en que pueden inquietar. Porque eso hacen, no alarman aún, preocupan apenas pero sí inquietan, en gran parte porque atacan el flanco más débil de un sistema que los vio como un amasijo de necesidades y miedos a los que bastaba darles *voucher* y mucha publicidad: la moral.

En un país lleno de fronteras invisibles, de códigos secretos, que se reconoce apenas en los distintos vertiginosos cambios que ha vivido, las calles del centro son de los pocos lugares en que todos nos sentimos iguales. No es un azar que hasta ahí

acudan todas esas manifestaciones, todas esas reivindicaciones tan distintas, tan contrarias entre sí a veces, que tienen como lema en común la igualdad ante la ley.

Camino esa sorprendente mañana por la Alameda Libertador Bernardo O’Higgins: las grandes alamedas, pienso, tan distintas a la que soñaba Allende. Nada de vanguardia popular, nada de revolución obrera, una avenida llena a rabiar de gente que trae consigo sus callejones sin salida, sus barrios desconocidos a los que se llega después de horas y horas de autobús, que se cruzan, que se miran, que se sorprenden misteriosamente unidos y semejantes, aún, quizás por última vez, parte de una misma ciudad. —

CUBA

TENGO MIEDO, TENGO MUCHO MIEDO

—YOANI SÁNCHEZ

Durante las últimas semanas los medios oficiales le han brindado amplios espacios al quincuagésimo aniversario de una frase. El controvertido apotegma fue dicho por Fidel Castro hace ya cinco décadas en una reunión con escritores y artistas que tuvo lugar en el teatro de la Biblioteca Nacional. Aquella alocución, conocida como “Palabras a los intelectuales”, ha estado determinando la política cultural del país hasta el día de hoy, incidiendo directamente en las purgas y los procesos de reprimenda que han padecido los creadores. El entonces joven guerrillero encerró —aquel último día de junio— la creación artística nacional bajo una dicotomía irrevocable: “Dentro de la Revolución todo, contra la Revolución nada.” Sería justamente ese el comienzo de un matrimonio forzado entre el Partido Comunista y la pluma, entre los uniformes verde olivo y los pinceles, entre la censura y los censurados.

La expresión que lanzó el Comandante en Jefe aquella jornada, frente a los ojos asustados del auditorio, no era totalmente nueva



✦Fidel: nada contra la Revolución.

para los oídos del mundo. Ya Benito Mussolini lo había resumido también en “Todo dentro del Estado, nada fuera del Estado, nada contra el Estado.” Solo que en nuestras latitudes la Revolución se había autonombrado fuente de derechos y por tanto se comportaba por encima incluso del propio aparato estatal y gubernamental. De manera que Fidel Castro estaba diciéndoles a poetas, pintores, músicos y demás que cada línea de sus textos, cada brochazo sobre sus lienzos o nota sacada de sus instrumentos melódicos, iban a ser evaluados a partir de una posición ideológica. Se cuenta que en medio de la catarata verbal del barbado líder, algunos artistas se atrevieron a intervenir. Uno de ellos, Virgilio Piñera, pequeño, delgado, gay y poeta, le espetó una observación también antológica: “Yo no sé ustedes pero yo tengo miedo, tengo mucho miedo.” Y con la misma se sentó para molestia del orador y risita contenida de la concurrencia. Casi dos décadas después de aquel día, el autor de *Dos viejos pánicos* moriría en el mayor de los ostracismos editoriales, denigrado como homosexual y apartado por su incómoda postura ante los asuntos del poder.

Como a la historia le gusta gastar ciertas bromas, la frase de Fidel Castro no ha podido sacudirse aquella tan contraria dicha por el atrevido Piñera. Ya la una no existe sin la otra y viceversa. Hay quienes aventuran que para cuando se cumpla un siglo de aquel encuentro en la Biblioteca

será evocada la expresión del cáustico escritor y no la esquemática dicotomía lanzada desde la silla presidencial. Pero mientras eso ocurre, los periódicos nacionales intentan hacernos creer que un raptó de lucidez hizo al Máximo Líder enunciar escuetamente la esencia de un arte verdadero.

Para convencernos, escamotean los detalles que marcaron el derrotero artístico cubano en los años posteriores a las “Palabras a los intelectuales”. Se soslaya o minimiza el llamado *Quinquenio Gris* (1971-1975) durante el cual se intentaron instaurar los preceptos del realismo socialista –tropical– como los únicos apropiados para el momento histórico que vivía el país. Eran los tiempos de pintar pioneritos de rostro feliz, componer marchas para acompañar los desfiles multitudinarios y llevar a escena o al celuloide obras donde campesinos se unían en cooperativas para sacarle el máximo provecho a la tierra. Muchos de los que profesaban públicamente una religión, tenían una ideología diferente a la imperante o hacían gala de sus preferencias homosexuales, fueron sancionados y sacados de las instituciones culturales. Para pararse sobre un escenario, publicar un libro o tomar el micrófono en un programa de televisión era más importante la confiabilidad política que el talento. Vinieron entonces tiempos oscuros para el arte. Y buena parte de los torquemadas de la cultura blandían como un credo el axioma dicho por Fidel Castro en 1961. En nombre de esas breves palabras fue mucho el pavor que se desató, demasiadas las alas de la inspiración que fueron cortadas. El Comandante, mientras tanto, seguía definiendo la identidad nacional, clasificándola con términos que parecían no incluir los matices, separando a los cubanos con epítetos que los definían como “revolucionarios” o “contrarrevolucionarios”. La mesa estaba servida para la intolerancia.

Por suerte los rostros de *koljózni-ki* sonrientes no lograron apoderarse de todos nuestros óleos y la capa-

cidad creadora de esta isla sorteó el empobrecimiento de aquellos años setenta. Pero el miedo intuido por Virgilio Piñera ya no solo acechaba a escritores y artistas, estaba tras cada puerta, instalado en el interior de todo cubano. El enclenque escritor había tenido la lucidez de verbalizar por nosotros ese temblor que aún hoy nos recorre. Le había dicho al rey en su propia cara que estaba desnudo, que no había ningún mérito en gobernar sobre gente atemorizada.

A la luz de este siglo XXI, los exégetas del Comandante en Jefe quieren hacernos creer que sus palabras han sido malinterpretadas por los extremistas. Las celebran cual frase para cincelar sobre el mármol, pero ya hace tiempo no hay forma de esconderle el fundamentalismo que encierra. Ahora, cuando la volvemos a rememorar, escuchamos también al fondo de ella una risita cáustica. La broma de un menudo intelectual, de cabeza casi calva, que con su hilillo de voz se robó por siempre el protagonismo de aquella jornada, que le dijo a Fidel Castro las asustadas y quedas palabras de los intelectuales. –

LITERATURA ELIZABETH BISHOP

Dos digresiones y un homenaje

ANA NUÑO
DIGRESIÓN I

Los editores han adoptado este vicio que nos ha traído la globalizada red (una imagen, la red, tan justa que es posible ver en su centro el bicho que la teje): todo exponerlo y ponerlo todo en circulación. Todo quiere decir: cualquier cosa e indistintamente. El órgano vital y el pellejo desechable. El grano y la paja, el metal puro y la escoria. La obra acabada y el borrador. El resultado de días o meses o años de trabajo, y el apunte que no quiso ser otra cosa.

Habrà que resignarse: la posteridad de un escritor dejarà de estar

basada sobre todo en lo que publicó en vida, y en cambio lo estará cada vez más también en lo que nunca quiso dar a conocer. Debe de ser una faceta más del dominante “relativismo”. Se impone acabar con las jerarquías; en este caso, con la petulante manía de distinguir entre el pasajero apunte en una libreta, y la novela, el poema o las memorias escritos con el lector –y el editor que, se supone, habrá de pagar por publicarlos– en mente. A ver si de una vez, confundiendo retazo y obra, nos deshacemos de la fastidiosa idea de que hay ideas mejores que otras.

Como casi siempre, en el origen no fue así. El origen, en los años ochenta del pasado siglo, fue la mutación de una añeja disciplina filológica –el correcto establecimiento de los textos– en la llamada “genética textual”. Había interés, en el mundo académico, en disponer de herramientas que dieran cuenta de obras canónicas de la modernidad literaria con la mayor exactitud, mediante la exhibición razonada del corpus íntegro de sus “ante-textos”. Y así como franceses –de Foucault a Derrida, de Bourdieu a Lyotard– habían sido en los sesenta y setenta los gurús de la arbitrariedad hermenéutica, también fueron franceses los pioneros de esta remozada



+Elizabeth Bishop (1911-1979).

versión del *horror vacui* barroco, con los “papelotes” de Proust o las cartas a Louise Colet funcionando de *putti* de relleno. Eso sí, a los Pierre-Marc de Biasi y Jean-Yves Tadié les debemos al menos una completísima, casi asfixiante comprensión de obras como *La educación sentimental* y la gran novela de Proust.

De aquel origen, a esta caricatura de hoy. Ahora no son clásicos, es decir obras que alcanzan esta condición tras templarse en la fría mirada de generaciones de lectores, críticos e imitadores, sino la producción –aún humeante, en algunos casos a medio cocer– de cualquier reciente difunto, lo que se ve sometido al pasapurés editorial.

DIGRESIÓN II

Hace unos años escribí lo que pensaba de la elevación de Djuna Barnes a los altares de la poesía: que, para ser poeta, no basta con haber escrito y publicado o no media docena o medio millar de poemas. Poco antes² había dicho la opinión que me merecía el que Alejandra Pizarnik –que sí fue poeta– se viera convertida en la autora de un diario supuestamente ejemplar.

A Barnes, su biógrafo más entremetido, Philip Herring, le hizo el flaco favor de editar absolutamente todo lo que siguió garabateando esta escritora (“más genial que talentosa”, según el certero dictamen de T. S. Eliot) mucho después de que el enfisema y el alcohol le hubiesen empezado a alterar el juicio. Conviene aclarar que Djuna Barnes sigue siendo –o debiera seguir siendo, que hemos llegado al punto de tener que emitir hipótesis sobre lo que hasta ayer era obvio y mañana dependerá, con perdón de Bertolucci, de la estrategia de la araña– sobre todo la autora de *Nightwood*. Una novela, como también vio Eliot, escrita en un inglés digno de Shakespeare, además de

un cuadro clínico veraz de la disolución moral que precedió a la Segunda Guerra Mundial.

En cuanto a la pobre Pizarnik, qué decir, salvo que, entre su hermana y albacea literaria, las muchas “viudas” que compiten por el control de su legado y algún sagaz editor han logrado convertirla en la bibliotecaria de Babel: no hay línea de su obra publicada en vida que no se encuentre prefigurada o reflejada en la más banal anotación de su diario, que basta leer para comprender que esta poeta hubiese preferido no publicar, o al menos no sin una intensa poda. De tanto airear contingencias, ahora hasta su suicidio parece dudoso. Sí, es verdad que un día se le fue la mano con el seconal sódico, pero su intención no era esa: ahí está, caramba, el interesante giro en su escritura, anunciado en este o aquel fragmento, para demostrar que tenía razones para querer vivir.

HOMENAJE

Ahora le ha tocado el turno a Elizabeth Bishop. En 2006, la publicación de los poemas, borradores y fragmentos inéditos³ dio el pistoletazo de salida, de cara al centenario de su nacimiento celebrado este 2011, a la rebatiña en que se ha convertido el oficio de editar cualquier cosa que Bishop escribiera hasta su muerte. Ampliamente editada, antologada y premiada –recibió todos los honores incluido el inconcebible de Poet Laureate Consultant in Poetry to the Library of Congress–, la obra de Bishop incluye, por lo demás, algunas de las mejores páginas de prosa memorialista publicadas en el siglo XX en Estados Unidos, junto a ensayos y relatos que bastarían para cimentar la reputación de cualquier otro escritor, pero que en este caso son el fondo sobre el que destaca una extraordinaria labor poética.

Con menos de un centenar de poemas publicados en más de cuatro

décadas –un promedio de dos o tres poemas por año–, Elizabeth Bishop llevó la poesía a su estado óptimo de instrumento de precisión. Un instrumento capaz de describir con exactitud una tetera silbando en la cocina (*the teakettle's small bard tears / dance like mad on the hot black stove*), un armadillo huyendo del diluvio de fuego en una noche de San Juan (*Hastily, all alone, / a glistening armadillo left the scene, / rose-flecked, head down, tail down*), una estación de gasolina en una carretera brasileña (*Somebody / arranges the rows of cans / so that they softly say: ESSO – so – so – so // to high-strung automobiles. / Somebody loves us all*), un mapa (*Topography displays no favorites; North's as near as West. / More delicate than the historians' are the map-makers' colors*), sin dejar en ningún momento de incluir al observador en su ángulo de visión.

La demolición controlada de la efusión confesional, la búsqueda de la exactitud y la detestación de la metáfora gratuita; la reivindicación del lenguaje como el más lúcido apéndice del ojo, la demostración de que la función más noble y difícil de ejercer de esa forma especializada del lenguaje que es la poesía consiste en dar a ver, en un instante preciso y único, a la vez lo visto y a quien lo ve... Esta labor –de nuevo: extraordinaria–, con la publicación de todo lo que Bishop no quiso publicar y de hecho no publicó en vida, cuelga ahora de la telaraña, inevitablemente pegoteada de polvo y babas.

Hemos olvidado –o estamos olvidando, y deprisa– aquello que W. H. Auden, apropiándose una metáfora del Soneto CXI, decía de Shakespeare: *The dyer's band was completely immersed in what it worked in*.

La mano del tintorero, sumergida en su labor: de eso se trata. No de la mancha en la mano: el único homenaje en el centenario de Bishop consiste en no despegar la vista de la labor de esta “infalible musa –como la vio su querido Robert Lowell– que perfecciona lo casual”. –

¹ “La trama de Penélope”, *La Vanguardia-Cultura/s*, 2-VI-2004, pp. 12-13.

² “Esperando a Alejandra”, *La Vanguardia-Cultura/s*, 31-XII-2003, pp. 6-7.

³ Alice Quinn (ed.), *Edgar Allan Poe & The juke-box: Uncollected poems, drafts, and fragments*, Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 2006.

POLÍTICA FÁBULA

FRANCISCO HINOJOSA

Andaba el León de contentillo manipulando a uno de sus allegados cuando llegó el Grillo a decirle que los rinocerontes y las rinocerontas estaban de fiesta y no cesaban de copular.

—¿Y se puede saber qué traman los cabrones?

—Dizque el mejor producto que nazca de tanta cogedera será ungido como candidato a gobernar el reino.

—¿Con que quieren mi silla?

—Por así decirlo.

—¿Y por qué creen que pienso desocuparla así como así? ¿Un rinoceronte de rey? Habrase visto mayor dislate.

—Las eras modernas ya llegaron.

Y el tiempo pasó con toda puntualidad.

Tras una serie de desgracias y un sucio otoño fue presentado el Rinoceronte como candidato a ocupar el trono.

El León le llamó al Grillo.

—¿Y se puede saber qué trama el cabrón?

—Dizque quiere sucederte.

—¿Sucedarme a mí, así como así? ¿Y qué piensas de eso los putos hipopótamos?

—Se están preparando para competir ellos también.

—Ahora resulta que cualquiera aspira a poseer mi corona. ¡Como si estuviera disponible!

—Así es. Hay que actuar pronto.

—¿Piensas que tienen chance de ganar?

—Ni madres.

—Claro que ni madres, para eso te pago.

Y el tiempo pasó irrefutablemente.

Tras algunos incendios y pocas esperanzas, el Rinoceronte puso sus asentaderas en la silla y se colocó en la cabeza la corona. Cuatro meses después, su consejera, la Hiena, llegó a decirle que los leones y los hipopóta-

mos andaban de júbilo y no cesaban de copular.

—Eso no es noticia, pinche Hiena.

—Es que copulan entre ellos. O sea: los unos con los otros. Se intersexualizan, para que comprendas.

—¿Leones con hipopótamos, hipopótamos con leones, así como así? Habrase visto mayor perversión.

—Dicen que el producto que nazca de tanta fornicadera será algún día tu sucesor.

—¿Un hipopoleón de gobernante? Si serán pendejos.

Y el tiempo pasó a cuentagotas.

Tras algunos desmadres y muchas renunciadas, el León hizo traer al Grillo.

—¿Cómo va la alianza?

—El producto resultó repulsivamente bien presentable, aunque parece un poco más hipo que león.

—¿O sea: vamos a ganar?

—Con la ayuda de los propios rinos, que no paran de hacer pendejadas, yo creo que arrasaremos.

—¿Cómo va la negociación con los demás hipos?

—Difícil. Quieren muchos cargos, además de la mayoría en el congreso.

—Diles que no chinguen.

—Ya les dije. Y más que eso: he estado ayudando a que se pongan en la madre entre ellos mismos.

—Nomás diles que no se maten.

—Te viste muy rulfearo, cabrón.

Y el tiempo pasó a golpes de minuterito.

Tras una guerra interna y algunos decapitados, el Hipopoleón sentó de soslayo su enorme culo en el trono real. El Grillo citó al León en el casino de las zopilotas.

—¿Te acuerdas cuando te dije que entre leonar y grillar había una diferencia?

—La tercera vez que me lo repites.

—Tú ve los resultados, así como así.

—Pues el pinche engendro ni es hipo ni es león.

—Ni grillo.

—Es una aberración.

—Por eso.

—Los leones se la pasan huevoneando en charcos de lodo y los hipos hacen como que rugen.

—Pero somos gobierno, o eso creemos. Y además estamos aquí para otras cosas.

—Es cierto: va mi resto.

—Te jodiste: tengo tercia de reyes.

Y el tiempo siguió pasando.

Moraleja: Esa. —

CIENCIA

EL CUERPO AL REVÉS

Para Constanza, que nació

JAVIER CRÚZ

Ante una sentada al piano, a Vitola le alcanzaba la talla para que Tin Tan, de pie detrás de ella, y con gesto de quererla estrangular, no le sacara más que una cabeza de altura. “Alta, flaca actriz cómica” es como empieza la biografía en imdb.com de Fannie Kauffman (o Famie Kaufman), Vitola, enorme actriz canadiense, cubana, al cabo mexicana. Aunque cantaba, bailaba y actuaba de perlas, con frecuencia portaba el sello de “exótica”, y en pantalla eran de rigor las alusiones a su extravagancia corporal: altísima, flaquísima... rarísima.

Algo de Vitola tenemos todos, y acaso más de lo que sospechamos. La apreciación que la mayoría de los mortales tenemos de la geometría de nuestra materia corporal suele estar dominada por estereotipos autodenigrantes. Dos de ellos son de rigor: mejor ser alto que bajito, y ser gordo es el acabose. Eso creemos por consideraciones estéticas, pero sobre todo, nos dicen, de acuerdo con la ciencia médica.

Que es donde empieza a ponerse interesante el tema, porque las ciencias biomédicas no necesariamente están de acuerdo respecto de esas sentencias tan digeribles para el sentido común. Tómese la siguiente línea, que abre un artículo en la rigurosa revista médica *The Lancet*

Oncology: “Las personas altas tienen mayor riesgo de cáncer.”

Pobre Vitola, cuya estampa resulta golpeada por partida doble. Un editorial reciente en la publicación científica mensual de la Clínica Mayo avisa que “varios estudios sugieren que pacientes obesos con insuficiencia cardíaca tienen mejor pronóstico que los pacientes más delgados”. Tal es la llamada “paradoja de la obesidad”, documentada no solo en el caso de insuficiencia cardíaca sino también para enfermedades coronarias, hipertensión, diabetes tipo dos y enfermedad renal crónica.

¿Difícil de creer? Simón Barquera, director de epidemiología nutricional del Instituto Nacional de Salud Pública, en México, levanta una señal de alerta: “Estas paradojas deben revisarse con muchísimo cuidado.”

Hagámoslo, entonces. El trabajo sobre la estatura no muestra debilidades evidentes. Investigadores de la Universidad de Oxford y del Instituto Catalán de Oncología enrolaron una cohorte de casi un millón 300 mil mujeres, ninguna con cáncer previo, y las estudiaron entre 1996 y 2001. Sus resultados probaron la relación estadística (ojo: no fisiológica) entre la estatura y el riesgo relativo de sufrir uno de los casi 97 mil incidentes de cáncer que se registraron al final. Es fácil quedarse estacionado en la primera conclusión del reporte: “El riesgo relativo total para cáncer (subió 16%) por cada diez centímetros de aumento en la estatura.”

Pero a sabiendas de que el cáncer no es cosa simple, vale preguntarse si esta rareza no estará matizada por alguna otra variable relevante. Los autores examinaron esta hipótesis y concluyeron que “el estatus de fumadora modificó sustancialmente la magnitud del riesgo relativo asociado a la estatura”, de diecinueve por ciento más riesgo relativo en quienes nunca fumaron a once por ciento en fumadoras actuales.

El matiz desconcierta porque invita a pensar que el acto de fumar confiere protección contra los diecisiete tipos de cáncer examinados. Pero



+Lancet Oncology: la gente alta tiene mayor riesgo de cáncer.

ojo: en el examen del “riesgo relativo” se corre el peligro de ocultar las magnitudes de los riesgos absolutos y de las influencias de las otras variables.

Los números totales importan. Apenas un veinte por ciento de las mujeres enroladas eran fumadoras durante el estudio. Empero, esa quinta parte de la cohorte padeció casi el noventa por ciento de los más de cinco mil casos registrados de cáncer de pulmón; entre las no fumadoras, que fueron aplastante mayoría, solo hubo 667 casos. En otras palabras, cualquier ventaja de las bajitas respecto de las altas queda aplastada por la ceniza del cigarro. Bastaba con que Vitola no fumara.

Pero a Vitola, ahora por flaca y no por alta, le podría ir fatal en caso de un episodio cardíaco indeseable. Varios estudios documentan el sorprendente hecho de que, aunque hay “una asociación positiva entre el índice de masa corporal y la mortalidad”, consistentemente se reportan también asociaciones negativas entre pacientes con padecimientos cardíacos, según un artículo en la revista *Mayo Clinic Proceedings* de febrero de 2010.

Lo positivo o negativo de esas asociaciones estadísticas significa que dos o más variables “se mueven” en igual sentido, o en el opuesto. En el caso de mortalidad general, a mayor gordura más riesgo: nada nuevo bajo el sol. Pero lo paradójico es que otros estudios, que analizan

específicamente las posibilidades de sobrevivir cuando se padecen ciertas condiciones cardiovasculares, muestran *consistentemente* que “tener sobrepeso podría ser más saludable que tener un peso normal o bajo”, según el editorial de la misma revista.

Si es así, la paradoja de la obesidad podría despertar la creatividad de quienes diseñan políticas públicas, empezando tal vez por el parámetro empleado para clasificar como de peso normal, excedido u obeso a cada individuo. Es el llamado Índice de Masa Corporal (BMI), que equivale a untar a la persona, cual paté, en un cuadrado cuyo lado es su estatura. Funciona, pero no muy bien. Una corriente de pensamiento científico propone cambiar el BMI por la circunferencia de la cintura, el cociente entre cintura y caderas o el porcentaje de grasa corporal. Considerando que el efecto paradójico solo se manifestó en el rango en que el BMI marca la transición de normal a obeso, otra medida de adiposidad podría eliminar la paradoja.

Pero acaso la osadía sea otra: cambiar el foco de la “epidemia de obesidad” a la “epidemia de ineptitud física”, igual de prevalente pero mayormente ignorada. Inquirido al respecto, Barquera protestó: “La industria ha tratado de convencernos de que comamos lo que sea y que combatamos la obesidad simplemente haciendo ejercicio.” Y alíña con cifras su oposición: “Un refresco de 600 ml tiene hasta 150% del azúcar que un adulto necesita en un día completo y más de un cuarto de las calorías.” Como además se presentan “hasta cinco oportunidades de comer” en las escasas horas de asistencia a la escuela, las calorías caen a chubascos.

Lo cual argumentaría en contra de desatender la obesidad, pero no en contra de crear, simultáneamente, oportunidades e incentivos para el acondicionamiento físico de toda la población, en todas las edades. ¿No conviene a los gobiernos y a los ciudadanos que cada cual tenga cómo tratar de moldear su propia vitola?

Fannie Kauffman murió a los 84 años de causas naturales. —

SEGURIDAD

LA PROPUESTA DE LA UNAM

ENRIQUE G DE LA G

Leí la reciente propuesta de la UNAM sobre seguridad (“Elementos para la Construcción de una Política de Estado para la Seguridad y la Justicia en Democracia”) con atención e interés pues —se dice— es uno de los logros más serios en la materia.

Su lectura me frustró. Parece más el manifiesto de un universitario idealista o utópico que el resumen del trabajo de 88 especialistas.

La propuesta es un cúmulo de repetidas perogrulladas, no exentas de errores de ortografía y puntuación —ese descuido de las miniaturas demerita cualquier empeño. Es previsible en todos sus puntos, carece de imaginación y no implica ningún reto a la inteligencia. Al acumular todas las características de una democracia funcional y perfecta, más justo le vendría el título de Modelo de País. No veo manera de estar en desacuerdo con ella porque abunda en obviedades del tipo “necesitamos mayor transparencia”, “debemos tener una reforma penal”, “hay que establecer una política de prevención”, “se tiene que planear a largo plazo, no solo a corto plazo”.

Porque lo quiere todo, el niño no jerarquiza, ni enfatiza, ni ordena o distingue: todo le parece igualmente principal, urgente e imprescindible. De manera análoga, la propuesta no cesa de prescribir lo que “debe ser” y es rica en adjetivos como “importante” y “necesario”. Valga un ejemplo: es “prioritario” —es decir, primero— el respeto a los derechos humanos (p. 10), atender a los ciudadanos más vulnerables (p. 12), un pacto político (p. 12), cuidar a la juventud (p. 22), resolver la violencia familiar (p. 23), ocuparse de los conflictos personales y comunitarios (p. 23) y mejorar las condiciones de los policías (p. 25).

Un estado de emergencia exige un plan de acciones concretas, ejecutables y urgentes. En ese plano, la

propuesta tiene poca utilidad. No sugiere etapas, puntos de partida ni estrategias viables. Es inútil por no ser realista, excepto si se la lee como diagnóstico de lo disfuncional. Tampoco es “económica” (en el sentido ockhamiano del término), sino que acuña nuevos conceptos y —con un tufo a burocracia rancia— multiplica dependencias, instituciones y programas.

Hacia el final de la propuesta se enlistan treinta sugerencias que llevan la mácula de ser generales e ingenuas, del tipo: “celebrar un pacto político y social”, “combatir la impunidad y la corrupción”, “priorizar el municipio”, “acabar con la discriminación”. Queda ambiguo el inciso 25 de la propuesta, que puede entenderse como una sugerencia a la despenalización de alguna(s) droga(s). Son cuatro los puntos aterrizados: un registro nacional de víctimas y ayuda a sus familiares, retirar al ejército, perseguir el lavado de dinero con ayuda de inteligencia civil, midiendo y publicando los resultados, y una cumbre internacional para discutir los problemas.

Antes de precipitarnos a honrar a las víctimas, José Antonio Aguilar Rivera pregunta oportunamente si todos los muertos son iguales.* No. De los miles de muertos, ¿cuántos son niños, cuántos soldados o policías, cuántos son criminales? Pensar es distinguir es ordenar.

Echo de menos que al encarar un problema tan complejo y que implica jugadores externos se omita el apoyo extranjero. Hoy, el gobierno mexicano es incapaz de garantizar la seguridad de sus ciudadanos. Sin claudicar de la soberanía, sino por sensatez, el auténtico sentido de la cumbre sería solicitar ayuda internacional para resolver una matemática adversa en tres frentes: la violencia ocasionada por el tráfico de drogas ilícitas antes de llegar al consumidor final, el ingreso de armas al país desde Estados Unidos, Europa, China y Rusia,

* “El espacio simbólico de las víctimas”, *Nexos*, agosto de 2011.

y el lavado de dinero en bancos extranjeros a través de casas de bolsa mexicanas.

En esta coyuntura histórica se nos presenta la pregunta por el tipo de Estado y de sociedad que queremos. Se lo preguntó México hace cien años, Alemania en 1945 y, junto con Europa Oriental, también en 1989, Montenegro en 2006, Sudán del Sur hace unas semanas. La pregunta está en el aire y —muy con el espíritu de la época— es global: Europa y Estados Unidos están en una crisis de identidad desatada por la situación económica adversa.

En México, la pregunta irrumpe desde la violencia: ¿qué tipo de Estado queremos, qué identidad política y cohesión social vamos a conquistar?

Con todo, esta propuesta es ya un hito: un primer puente entre el gobierno y los académicos. El reto inmediato es cuidar y profundizar este diálogo incipiente para instrumentar estrategias eficaces que alivien la sociedad. Los cuatro puntos que destacan son aprovechables, perseguibles: nuestros posibles aztlanes para emprender el ansiado camino que culmine en la refundación de México. —

ARTES PLÁSTICAS

VICENTE ROJO: PUNTOS SUCESIVOS

NILO PALENZUELA

1. Siempre me han conmovido las palabras humorísticas, tan llenas de sentido, que intercambiaron el artista Vicente Rojo y el novelista Juan García Ponce. Rojo estaba convaleciente y había ido a visitar al amigo que arrastraba su larga enfermedad. García Ponce anima la conversación: “No te preocupes, somos eternos.” La obra y la vida son acaso prolongaciones del infinito: pequeñas hojas que mueve el viento.

2. Miguel León-Portilla, el gran especialista en las culturas antiguas de México, realiza en 2008 una amplia antología de poesía náhuatl: *La tinta negra y roja*. Como apoyo de los textos

en náhuatl y su traducción al español, cuenta con las imágenes de Vicente Rojo, el artista que ha estado, desde los años cincuenta del siglo xx, muy próximo a sus investigaciones y a la cultura ancestral del país.

En los murales y en los códices antiguos el saber se transmitía con signos y dibujos. Los libros se hacían con papel de un árbol del género de los ficus y en pieles de venado. En ellos se consignaba lo que los *tlacuilos*, a la vez pintores y escribanos, habían registrado de los sabios y de los sacerdotes. En el más célebre de los códices, el *Códice florentino*, aparece una exhortación a un estudiante, este poema: “Cuida la tinta negra y roja, / los libros, las pinturas, / colócate junto y al lado, / del que es prudente, del que es sabio.”

3. No sé si estamos en otro infinito y la sabiduría se halla solo en la alta tecnología, en los discos duros, en la memoria oculta de los computadores, en la red, en la seducción productiva del crecimiento económico, en las directrices de gobiernos inútiles. Mejor es saber escuchar, saber ver, estar cerca de aquellos que no aceptan lo que parece obvio. Aquellos que saben que cuando arde su cuerpo solo su vida de luz y de sombras desaparece. La vida sigue.

4. El último libro dedicado, en 2010, a la trayectoria de Vicente Rojo lleva por título *Puntos suspensivos. Escenas de un autorretrato*. Lo que se hace durante cincuenta años de persistente creación artística retrata al propio autor, sus rasgos, sus ojos, sus deseos, sus trabajos, sus amigos, sus amores, su paciente estancia en Coyoacán o Cuernavaca, su actividad editorial, sus vueltas sobre el arte que trasciende la apariencia, su atenta mirada al escenario de la infancia... Rojo pinta, construye, juguetea, urde piezas, hace las cosas con calma, con tiento, sorprende los objetos y las series en las que trabaja como revelaciones, sin atisbo de arrogancia. Solo se trata de esperar, de laborar, de estar suspendidos... Sabe que el silencio guarda mejor que el

exceso de palabras y la reiteración de los gestos. Llegada la hora de todos, cada cosa retorna a su sitio.

5. Rojo pertenece al núcleo de artistas mexicanos que se aleja de la retórica de los muralistas y de su mesianismo, pertenece a esa estela de creadores en la que se hallan Alberto Gironella, Manuel Felguérez, José Luis Cuevas, Francisco Toledo, todos tan diferentes, tan individualistas. Tienen tras de sí a otros insobornables creadores: Rufino Tamayo o Juan Soriano. Su generación en el dominio de la literatura (son sus amigos) se llaman Carlos Monsiváis, Elena Poniatowska, José Emilio Pacheco, Sergio Pitlor, Gabriel Zaid.

6. El aliento poético y la corriente vital de la creación no hacen distinciones entre lo más popular y lo más aristocrático. “No puedo olvidar haber visto a una joven María Callas ensayar y cantar *Aida*, como tampoco la ópera dominical en la estación XELA. En esos días en la radio se escuchaba al trío Los Panchos cantando ‘sin amor, la vida no se llama vida’, una idea que ha sido esencial para mí. (Tiempo después supe que un torturado Malcolm Lowry había escrito en la pared de su casa de Cuernavaca: ‘No se puede vivir sin amar’).”

7. *La liberté ou l'amour*, escribe Robert Desnos. Quien no ama, ¿puede pintar, escribir, componer algo?

8. No estuve allí aunque sí en el mismo comedor donde se reunían el artista y Alba con Fernando Benítez —el autor de *Los indios de México*—, con Augusto Monterroso y Bárbara, con Juan Rulfo. El núcleo de amigos reunidos en la calle Dulce Olivia no hablaba de literatura. Me los imagino por un instante y siento el mismo deseo que sintió Vicente Rojo ante el gato en el taller de Paul Klee. Le hubiera gustado por un momento convertirse en Fritzi. Tampoco a mí me hubiera importado ser un gato en aquel comedor.

9. “Tlalpalteuccitzin”. En traducción de León-Portilla, un fragmento: “Oh amigos, a vosotros ando buscando. / Recorro los campos floridos / y al fin aquí estáis.” Otro: “¿Yo quién soy?”

10. *Apariciones*. Lo que aparece de súbito y conmueve: *México bajo la lluvia*. Negaciones. Señales. Escrituras. Escenarios. El comienzo y el fin. Un posible retrato mientras seguimos siendo eternos. Lástima que todo se acabe y que los garabatos y las piezas continúen ahí hablando de amor, de la vida y de las pasiones.

11. Traer a la vista lo que los sentidos no perciben pero que hierde de inmediato. Tláloc aparece pintado en rojo, en un muro casi vencido por el tiempo cerca de las pirámides de Teotihuacán. Enorme reaparece Tláloc en las imponentes piezas del Museo Nacional de Antropología, en la colina de Chapultepec. Allí, muy cerca, en una de las salas laterales, una pieza de Vicente Rojo, que sabe de la existencia del dios de la lluvia, quiere ocultarse. Pero nunca sabemos quién o qué cosa realmente aparece en los signos antiguos o modernos.

12. Max Aub, el escritor del exilio español con quien Vicente Rojo coincidió a menudo, escribió un texto sobre una de sus primeras exposiciones, “Vincent, le Rouge” donde, con dos trazos, evoca humorísticamente a van Gogh y algunos versos mallarmeanos de *Un coup de dés*. Pienso en la ficción que florece y se disipa, en la escena que a cada paso construye Rojo bajo la fuerza del azar, entre lo próximo y lo más distante, como las referencias de Aub. El escritor exiliado supo desde muy pronto que los escenarios en los que se movería Rojo iban a congregarse señales distantes bajo cierta fuerza del azar, como la pieza de Rojo en el Museo de Antropología y las esculturas del dios antiguo.



+Vicente Rojo polifacético: lector, tlacuilo y artista.

13. Punto suspendido.

14. “Me llamo Tim y odio a Jim, mi hermano/gemelo, y algo más, / ya que nacimos unidos / por una membrana flexible / que otorga libertad de movimiento (hasta cierto punto).” Estos versos de José Emilio Pacheco se hallan en el libro que realiza junto a Vicente Rojo: *Circos* (2010). Pertenece al poema “Siameses”. Lo uno y lo otro, los contrarios que tiran de nosotros, la bolsa o la vida. Y continúa Pacheco: “Cómo anhelo vivir sin este monstruo que me duplica y estorba.” Amigos desde muy pronto, el poeta y el artista juegan, construyen piezas y palabras, trapecios de la vida y el arte: y nos dejan suspendidos bajo cierto vértigo. Pero con sus juguetes visuales, Rojo recuerda a sus nietos gemelos.

15. Algunos artistas que abandonan la figuración hacen girar sus obras, como en círculos, en torno a una misma obsesión. Optan por el rigor de la verticalidad y la horizontalidad, por la línea diagonal, etc. Rojo no elige entre lo uno y lo otro: sus encrucijadas giran a toda prisa y parecen suspendidas en el tiempo. Pero siempre avanzan, como en la visión clásica del río. No hay forma de meter la mano y tener la esperanza de que sea la misma obra.

16. En *Jaque mate* (Taller Ditoria, México, 2010), la editorial plantea preguntas que Rojo responde con imágenes. Habla incluso de la *novela* de Rojo. El artista responde solo con signos y

color que hablan de los contrarios que tiran del espíritu: la quietud y el vértigo, la música y la grafía, la intención y la intuición, la horizontalidad y la verticalidad, lo mítico y lo callejero, el interior y el exterior. Habla sin palabras: lenguaje icónico, que diría un concreto brasileño. Recuerdo a José Miguel Ullán, amigo de verdad, de Rojo, de tantos, que escribió un libro de poemas sin una sola palabra y de la que hice una reseña en *El País* (¡manda tela!). El título de su libro no ocultaba la verdad: *Ni mu*. Rojo y Ullán pertenecen a esa estela de creadores que se dejan todo atrás cuando se trata del amor, la verdad, la poesía. Con ellos se puede ir más allá de lo previsto y de lo imprevisto.

17. Escribe Vicente Rojo en *Los sueños compartidos*: “Más que tratar de ser un pintor o un escultor o diseñador gráfico de nuestros días, lo que de verdad me hubiera gustado es haber sido un anónimo iluminador de manuscritos románicos, aislado en alguna remota montaña europea, o un *tlacuilo*, dibujante y escritor (que eran entonces lo mismo) de códices prehispánicos, oculto en la selva o en los llanos de lo que más tarde se llamaría México.”

18. Traducción del “In toltecatl” en *La tinta negra y roja*: “Tolteca: artista, discípulo, abundante, múltiple, inquieto. / El verdadero artista: capaz, se adiestra, es hábil; / dialoga con su corazón, encuentra las cosas con su mente. / El verdadero artista todo lo saca de su corazón / obra con

deleite, hace las cosas con calma, con tiento / obra como un tolteca, compone cosas, obra hábilmente, crea; / arregla las cosas, las hace atildadas, hace que se ajusten. / El torpe artista: obra al azar, se burla de la gente, / opaca sin cuidado, defrauda a las personas, / es un ladrón.”

19. Dos libros esenciales para Vicente Rojo: *Bajo el volcán*, de Malcolm Lowry, y *Alicia en el país de las maravillas*, de Lewis Carroll. La vida al límite. También Vicente Rojo añade: “Con Italo Calvino y Mark Rothko; con Joseph Conrad y Agnes Martin; con mi entrañable Antonio Saura y con Silvestre Revueltas..., con Alicia Liddell y también Agatha Christie. Soy muy curioso, no tengo miedo a las influencias, más bien las solicito, forman parte del jardín de mi memoria.” Buena lección.

20. Yo que tengo algo de escritor apócrifo, quizá de heterónimo en busca de otros heterónimos con los que vivir en el extrarradio, pienso en el ejemplo del pintor mexicano, cuando afirma que le hubiera gustado ser por un instante Fritzi o un *tlacuilo*.

21. Es bueno escuchar y aprender: mi apócrifo también podría aprender de un gato, aunque sé por experiencia en *La cámara oscura* que los gatos se convierten en gatos y se van de fiesta por los tejados. Por cierto, Rojo realizó una *Gatomaquia* junto a José Emilio Pacheco.

22. “¿Ye tenelli?” En traducción de León-Portilla, “¿Eres tú verdadero, tienes raíz?”: “Todo lo que es verdadero, / lo que tiene raíz, / dicen que no es verdadero, / que no tiene raíz.” En otro poema náhuatl, “Timiquini”: “¿A dónde iremos donde la muerte no exista?” Pienso en Rojo y en sus amigos Ullán y García Ponce, en las verdaderas raíces que solo se revelan un instante. Pienso en las apariciones de la obra luminosa de Vicente Rojo y de sus amigos. Definitivamente: somos eternos, si el humor, el amor o la amistad nos acompañan. —